

Hospital

Mitzi Locelyn Mier Ibarra

Despertó en un blanco vacío, asfixiante y caluroso. Había estado soñando con hospitales y el olor a pena y lástima seguía invadiendo su nariz. Trató de despejar aquel recuerdo de inmediato. La blancura de las paredes no hacía nada por aminorar ese amargo sabor a pulcritud artificial. No podía soportarlo más. Tenía que hacer algo al respecto, ni siquiera recordaba por qué pintar su habitación blanca le había resultado una buena idea, si su vida estaba entregada a los hospitales y desde que entró a la carrera de medicina todo lo que veía se reducía a luminosidad, una extraña luminosidad tan artificial como amarga.

La costumbre a lo cotidiano. Su pareja lo había abandonado por esa razón, lo había llamado por última vez «loco aburrido», seguido de un portazo que hizo temblar el pequeño departamento. Una sonrisa irónica cruzó por su mente al recordar que era precisamente aquello lo que había resultado algún día tan atrayente para su esposa. «No lo llamaría aburrido. Eres algo así como un hombre misterioso, de esos chicos que van encorbatados y librando una batalla en su mente. Me agrada que seas así». Ahora no había misterio, descubrió que estaba vacío, que realmente nunca existió tal lucha en sus pensamientos, solo la de estar siempre buscando algo en qué pensar. Su esposa se cansó de esa búsqueda y él también comenzó a hacerlo. Miró el reloj de la pared, seguía con el sonido vacío que hacen las manecillas, pero este sonido era pesado, estaba averiado. Las manecillas permanecían en el mismo sitio impidiendo avanzar mutuamente. Se había detenido justo a las siete con treinta y cinco; se cansó de prometer que lo llevaría a arreglar. Por ahora contrastaba con la habitación; su quietud y color negro fungieron como puerta a la prision de su memoria. Recordó esa negrura espesa que chorreaba de la cabeza de aquel muchacho y cómo contrastaba su cabello ondulado, seboso, con la abertura que separaba la piel de su cráneo. Quería vomitar. El chico había estado manchando las sábanas de la camilla de un rojo intenso y sus zapatos ya tenían unas gotas. Todo lo que le provocaba aquello no era más que un odio profundo. No quería ayudar, pero tenía que hacerlo. Siempre estaba forzado a hacerlo. «Pues claro, imbécil, para eso estudiaste medicina o al menos eso es lo que aseguras», le decía su esposa cuando le hablaba para platicarle su día, llamada que él nunca iniciaba.

Era verdad. Después de todo, había estudiado eso por decisión propia, no lo habían obligado, o

eso creía. Pero no soportaba ver que la perfecta armonía de lo neutro fuera distorsionada y violentada por manchas que tardarían en salir. Y entonces empezó a obsesionarse con la limpieza. Con lo amargo de lo brillante. No tardó en darse cuenta de que odiaba su vida. Ahora no sabía qué hacer. Al igual que el tiempo él estaba detenido, se sentía averiado. Algo había cambiado y apenas era consciente de ello. Entró en contacto con el día, este era oscuro, parecía imitar un día de enero, de esos en los que se puede ver la tristeza que cargan las nubes y las personas después de un mes lleno de derroches. Lo detestaba, ese mes más que ningún otro, sin embargo, era septiembre, no había ya rastros del verano. Todos los días se veían igual, muy blancos o en demasía oscuros. Se abrochó la chaqueta y salió a correr. La vista que ofrecía su departamento era bonita, casi cálida, hasta que sintió asfixiante el color de todas las casas vecinas, blancas, de perfecta estructura idéntica. ¿Es que nada cambiaba? Corrió más rápido, como queriendo huir de esa perfección binaria. Llegó hasta la parte norte del fraccionamiento y se detuvo. No podía creer lo que estaba frente a sus ojos. Una mancha roja. Nuevamente la cabeza del chico que había llegado al hospital vino a su mente: el cráneo abierto, agua densa color escarlata en el piso y en la pulcritud de su uniforme. Dolía, respirar le dolía. Tragó aire y miró alrededor, cada casa, los vecinos y sus mascotas. Todo falso. Lo miraban con expresión angustiada. ¿Qué les intrigaba tanto? ¿Acaso estaban viendo lo mismo que él tenía delante de sí? Una mancha que crecía en tanto entornaba más la vista en ella. Regresó más hastiado de lo que creía. La ducha había borrado de su mente lo ocurrido allá afuera. El desayuno que tomó camino al hospital le supo amargo, agrio. Su café parecía espeso y lo dejó de lado con cierta repugnancia. En aquel sitio solo había una persona del otro lado de la barra y una mujer en una de las mesas junto a la ventana. La quietud del lugar lo comenzaba a incomodar y se sorprendió con las manos llenas de una especie de baba; era sudor. Volteó para asegurarse de que ninguna de aquellas dos personas lo vieran con cara de perplejidad.

«Aquí tiene su carta. Puede tomarla». La mesera le extendió un papel blanco. ¿Qué carta? ¿Cómo era que alguien le había mandado una carta? «La cuenta, señor; su cuenta. Por favor, tómelas para que yo pueda llevarme estos platos», reiteró la mesera, irritada. Tomó el papel y entregó el dinero. No era la primera vez que escuchaba las cosas distorsionadas; esta era la quinta vez en la semana probablemente. La primera fue justamente con aquel paciente. Recordó entonces que la guardia en el hospital había estado tranquila, no había escuchado tantas quejas o reclamos de pacientes mal agradecidos, hasta empezaba a quedarse un poco cómodo en aquel cuarto reducido en el que se amontonaban los pasantes de guardia. Pero toda noche apacible trae el caos, lo sabía de antemano, y esa noche no fue la excepción.

Corrió al escuchar las palabras «JOVEN HERIDO, JOVEN EN LA SALA DE EMERGENCIAS». Se levantó de golpe y fue hasta aquel chico que estaba en la delgada línea que existe entre la vida y la entrada a un hospital, para muchos sinónimo de muerte, una antesala de lo que se avecina. Miró la expresión del chico; estaba perdido ya, lo sabía. Y entonces sobrevino esa imagen: el cráneo abierto, una fuente de vida se iba a chorros por sus manos. Sangre en aquella blancura. Por primera vez sintió terror, pero lo que estaba delante de él no le infundía tal miedo. Era él, sintió terror de sí mismo. El odio que le sobrevino fue incontrolable; era una furia que apenas si podía ser capaz de concebir que un hombre se sintiese así a tal grado de querer estrellar aquel cráneo para limpiarse de su furia: lo arrastraría hasta el suelo, lo patearía cuantas veces le fuera posible. Su blancura y pulcritud habían sido interrumpidas de súbito. Solo hacía falta eso, una gota pequeña en su bata, en el piso, en la pared para despertar el odio que vivía dentro de sí y que había alimentado como se alimenta a una pequeña bestia hasta que llega el día en el que no cabe más dentro de su jaula. Siempre había estado así, un poco roto, hastiado, rodeado de blancos perfectos, en silencio. «La carta, vea la carta», le había susurrado el joven como últimas palabras y después murió.

¿Había escuchado bien? ¿De qué carta hablaba? Era la primera vez que lo había visto en su vida, o eso creía. Había dudado un momento antes de cubrirlo con la sábana blanca. ¿Estaba muerto? Quería confirmar si alguna vez lo había visto, o si en verdad estaba muerto, y si así era, solo tenía una verdad; jamás sabría a qué carta se refería el chico muerto.

Recordó el abrecartas. Una oleada de blancos infinitos vinieron a él. Quería vomitar. Creía escuchar voces diminutas por todo el hospital. Volteaba en busca de alguien que tuviese los labios abiertos, así sabría que no estaba loco. Nadie. No había nadie en aquel sitio. Todo se borraba y se hundía en una espesura. ¡CULPABLE! ¡CULPABLE! Le señalarían con rabia y lo condenarían. Sentía el olor fétido de los hospitales. Quería correr al baño, ahí se calmaría. Pero ¿cómo desaparecer los rastros rojos de sus zapatos o de su uniforme? Comenzaba a impacientarse. Miró el reloj: siete con treinta y cinco. ¿Cuánto tiempo había pasado? Tenía que correr. Sintió que algo dolía en su mano, algo pesado y frío. El abrecartas. Aún lo tenía entre su mano. Lo apretaba con tal rabia que cegó el dolor que se dibujaba ahora como una ancha línea en su palma, línea roja. No estaba loco, de ningún modo podría estarlo. Pero entonces ¿qué hacía él con un abrecartas cubierto de sangre y un chico tirado a sus pies? Él no era doctor, jamás se había titulado, sin embargo, sí tenía un uniforme blanco y estaba en un hospital. ¿Qué clase de hospital era y cuándo había llegado? Volvió a su cuarto, se sentó al borde de la cama y reflexionó un instante antes de sonreír. Después los gritos, las enfermeras corriendo y la sangre goteando.

«De modo que ha sido usted encontrado con este abrecartas debajo de su almohada. Usted es el culpable del homicidio del joven Samuel, no hay duda de ello. Aquí la pregunta es ¿por qué? ¿Por qué lo ha hecho?», interrogó el detective que miraba con desagrado las ataduras de la camisa de fuerza del paciente. Lo habían mantenido así durante los días siguientes al homicidio. Las investigaciones habían sido claras desde el inicio, no había demorado en dar con él.

Miró el reloj de la esquina de su habitación, siete con treinta y seis, sonrió, su reloj ya funcionaba. «Es esta blancura la que me ha devorado», susurró.